# BALCON



## IDEAS Y HECHOS

*Conviene de una vez entenderse sobre la distinta índole de lo
político y lo social. Para tal objeto nada más claro que contraponer
la noción de clase dirigente a la de formas de gobierno. En la historia
argentina —por motivos a nuestro parecer muy rigurosos— esa opo-
sición es harto elocuente.*

*Según el tópico más frecuentado en nuestro derecho público, la
Argentina es una democracia política. Más aún, lo sería indeleble-
mente: desde el vamos en 1810 hasta el fin de los tiempos terrenales.
Y no se crea que nosotros esquematizamos a designio. Busque el lector
en los sótanos de su memoria el supuesto invariable que condiciona,
por ejemplo, todos los editoriales de nuestros grandes diarios, y en-
contrará que la idea más arriba enunciada, preside y cierra el discurso
de esos engendros periodísticos. Es que, y conviene no olvidarlo, la
formulación democrática vigente tiene caracteres, exigencias dogmá-
ticas. Trátase del dogma racionalista —tan viejo como envejecido—
de la democracia liberal.*

*Para el hombre que por razones cronológicas, por razones de
años, no participa ya de la fe dogmática en la democracia —sin que
esto quiera decir que no vea y acepte la realidad social* DEMOCRACIA*—
el sentido que, a partir de tal a priori político, ha querido darse a
nuestra historia, resúltale ininteligible. Comprueba con asombro y rei-
teradamente que, verbigracia, nuestras luchas civiles más enconadas,
a las cuales forzándolas se las quiere interpretar como movidas por
ideas políticas contrapuestas, acaban todas por resolverse en solucio-
nes que no siguen ni a unas ni a otras de tales ideas. Comprueba,
pues, que no obstante la irreductibilidad aparente de las posiciones
ideológicas en juego, los hechos imponen una tercera —una única—
solución, que difiere radicalmente de las previstas en teoría. Esa so-
lución en la línea de los hechos es la que, a lo largo de nuestra his-
toria, ha salvado a la convivencia nacional del fanatismo destructor
de los ideólogos. Así, ni unitaria ni federal resulta a la postre la rea-
lidad política argentina, sino simplemente eso: una realidad histórica
dada, a la cual fué preciso, por lo pronto y por lo menos, ir dotando
de una forma política* MÍNIMA *a fin de no impedir el funcionamiento
vital y el crecimiento histórico de la sociedad argentina.*

*Tal ha sido nuestra historia política: un constante divorcio entre la
tiranía de la letra democrática y la realidad social, que no aceptaba ró-
tulos abstractos. Pero, claro está, una componenda, un acomodo empí-
rico a los hechos, como el descrito, no ha podido cumplirse sin mengua,
a la larga, de la salud del cuerpo social. Demás está decir que sin
política, sin formas políticas adecuadas, una sociedad no puede vivir
indefinidamente. Mientras la sociedad argentina, como tal sociedad,
estuvo sana y en disposición favorable de avance, el error político fué
fácilmente mitigado. Es que, entre la letra dogmática y su aplicación,
el país, que aún disponía en su haber de usos y formas de conviven-
cia vivos, pudo sortear el peligro de desmoronarse en el abismo abs-
tracto que le abrían los fanáticos de la letra. La sociedad argentina
pudo así tirar, ir tirando, hasta, para dar fecha nítida, 1916. Mas,
por ese entonces, habíase ya malbaratado y confundido el ordena-
miento* SOCIAL *en que los argentinos, hasta ese momento, vivieran.
Las clases dirigente tradicionales, cuya existencia y efectivo influjo
no estaban, por cierto, previstos en la constitución del 53, acabaron,
presionadas por nuevas energías sociales de aluvión, por energías so-
ciales, esta vez, informes, por desmoronarse. Súmese, también, a la
cuenta de esa caída, la progresiva modorra mental y la pérdida del
sentido de lo argentino en nuestras clases rectoras.*

*Con lo anterior queremos significar —y el asunto es de la mayor
importancia— que no obstante el machacar empecinado de diarios, tra-
tadistas constitucionales e historiadores oficiales, la Argentina vivió en
buena salud y progresó, durante el tiempo en que una estructura
tradicional mal que bien se mantuvo, debido al prestigio* DE HECHO
*de sus clases dirigentes. Prestigio, es bueno recordarlo, que la socie-
dad argentina, considerada en su totalidad, aceptaba y hacía posible.*

BALCÓN.

SUMARIO

# ESPAÑA - ARGENTINA

Hemos tratado de fijar en forma inequívoca los términos en que, a nuestro juicio, se plantea el drama del mundo en que vivimos. Sostenemos que los pueblos occidentales, educados por la mano bondadosa de la Santa Iglesia, han vivido un modo alto de civilización cual no la ha conocido igual ninguna otra latitud de la tierra. Pero hoy esta civilización está en crisis, precisamente porque ha alcanzado su punto máximo el proceso, iniciado siglos atrás, de apostasía de la Iglesia. Al rechazar a la Santa Iglesia que por lazos invisibles pero reales mantenía las estructuras vitales del cuerpo social, a la manera que el alma espiritual mantiene invisible pero realmente las conexiones orgánicas del cuerpo humano, la sociedad occidental, en un proceso inexorable, se ha ido diluyendo, hasta alcanzar el límite decisivo en que, o se recupera, o muere. El comunismo, en el tipo ruso o en cualquier otro posible, señala este estado definitivo de muerte.

Y el comunismo está ahora golpeando a las puertas de los pueblos que constituyen el foco mismo de la civilización. Hay que dar una respuesta urgente y categórica. España ha dado la suya adoptando como norma pública de convivencia el Estado católico. La Argentina ha afirmado de manera inequívoca su voluntad de mantener indestructible la fisonomía que le ha impreso la educación europea. Se ha resistido y se resiste a diluirse en un super-estado. Esta voluntad inicial firme la pone en camino de encontrarse plenamente en el Estado católico, cuyas características señalaremos en otra ocasión.

Pero aquí asoma a flor de labios una objeción. La forma de convivencia —se dice— que España a adoptado resulta arcaica y sin vigencia. Los pueblos se resisten. Seamos realistas. Aun suponiendo que el Estado católico significara una perfección, es aconsejable contentarse con una forma de vida menos perfecta pero con mayores posibilidades de encarnadura en los pueblos. Una forma que nos aleje de los extremos; que tales son, al fin de cuentas, el comunismo y el Estado español. Ya asoman felizmente en el mundo estas formas intermedias de convivencia. Allí están Estados Unidos e Inglaterra, allí está Francia, que ni entran por el comunismo ni se doblegan ante la presunta perentoriedad del Estado católico. Estas son las formas ejemplares de vida que los pueblos han de adoptar, si quieren salvarse.

He aquí, en toda su cruda fuerza, una decisiva respuesta al esquemático y simplista planteo de nuestro artículo anterior. Y ello aún como muestra. Porque desde otro punto de vista, podría objetarse que las verdaderas formas intermedias que aportan solución a la crisis actual habría que buscarlas en un tipo renovado de los Estados fascistas, inventados con éxito por Hitler y Mussolini, y fracasados por motivos extrínsecos a su bondad y eficacia. El hecho es que el intento de reducir la crisis actual del mundo a un dilema inexorable de comunismo o Estado católico, no resiste a una consideración algún tanto seria.

Tal la objeción en toda su amplitud. Pero hoy, vamos a limitarnos al examen de la forma intermedia de convivencia que parece ofrecer en estos momentos Francia.

*El nuevo tipo del Estado francés*

Interesa indagar si la Francia posterior a la terminación del último conflicto bélico ofrece verdaderamente un tipo de convivencia que pueda presentarse como forma intermedia entre el Estado católico proclamado por España y el Estado materialista y ateo erigido en Rusia. Las apariencias parecieran significar que sí. Porque parece evidente que el tipo buscado y hasta ahora hallado de Estado francés resulta irreductible, radicalmente irreductible, al comunismo y al catolicismo como expresión pública de vida. Es un Estado que busca superar una y otra denominación. El Estado francés se colocaría por encima de las concepciones de vida de que se nutren los tres o cuatro grandes núcleos en que se reparte la población de Francia. Tal pareciera ser el intento de la experiencia francesa, cuya significación y alcance no puede ser comprendido si antes no se determina la condición de estos grandes núcleos.

Tres son estas grandes núcleos que merecen atención: el comunista, el Socialista y el del Movimiento Republicano Popular. Porque algunos grupos aislados conservadores o de derecha no tienen fuerza por el momento y el grupo numéricamente importante de los "radicales" representa el ideario liberal-anticlerical de la Tercera República, completamente perimido. Podrán congregar gentes los radicales, podrán sus viejos caudillos ocupar puestos de primera fila en la política francesa, pero no será en virtud de su programa ni por lo que tienen de liberal, el liberalismo ha caducado, ni por lo de anticlerical, que allí como en todas partes el anticlericalismo resulta socialmente de mal gusto.

La política nueva de Francia hay que buscarla por el lado de los otros tres grandes núcleos.

*Socialistas y comunistas*

El núcleo comunista, visiblemente vinculado a Moscú quiere implantar en Francia por procedimientos rápidos la ideología del materialismo integral. El núcleo socialista, encaminado en los moldes del socialismo pacifista y evolutivo, repudia ciertamente los procedimientos violentos y antidemocráticos del comunismo pero coincide con él en imaginar como ideal de la sociedad humana una existencia materialista, perfectamente nivelada. Tanto el comunismo como el socialismo están dominados por la imagen motriz de una sociedad *fraterna*, donde impere la más perfecta *igualdad* económica en la mayor *libertad*. Su diferencia estriba en que los comunistas preconizan la rápida *igualación* económica, aún a costa de la momentánea desaparición de la libertad, la que se encontraría recuperada con creces en el paraíso mejor que se promete; y, en cambio, los socialistas, prefieren el mantenimiento a toda costa de la *libertad*, aunque sea ello en desmedro de una momentánea desnivelación igualitaria.

Es claro que esta coincidencia en objetivos fundamentales con una correspondiente discrepancia respecto a los procedimientos que han de seguirse para su logro actúa en la esfera *ideológica* de estos núcleos. En rigor lo que separa a socialistas y comunistas en Francia, y podría decirse en todas partes, son dos actitudes *psicológicas* de una misma y única concepción materialista de la vida. Coincidencia *ideológica*, discrepancia *psicológica* que frente a los problemas *concretos* y reales de la existencia se han de traducir en continuos desacuerdos. Pero desacuerdos en los hechos, que al no responder a diferencias fundamentales en la concepción de la vida, se han de presentar sin conexión interna, y por tanto sin posibilidades de cristalizar en una efectiva e irreductible discrepancia. De aquí, que la clientela de una y otra fracción sea una gran masa movible que se desplaza de uno al otro bando, según se vea determinada a reaccionar frente a los hechos concretos de la existencia diaria. Pero, en definitiva, uno mismo e idéntico es el ideal de la existencia que en su imaginación concibe esa inmensa masa humana, para la que se han cortado los lazos que unen la sociedad de los mortales con toda realidad trascendente.

*El Movimiento Republicano Popular*

El otro gran núcleo del electorado francés, constituído por el Movimiento Republicano Popular, resulta de más difícil caracterización. Hay en él una masa grande de antiguos militantes de derecha, refugiados ahora allí como en mal menor, para no entregarse al comunismo ni al socialismo. Constituyen un peso puramente numérico que no gravita en las directivas del partido donde han entrado como de prestado. Otra parte la constituyen católicos activos, de concepción católica aun en los problemas temporales, que se han acogido también allí como en mal menor para no entregar la dirección del país a las fuerzas comunistas o socialistas. Pero lo que imprime configuración al Movimiento Republicano Popular son los católicos *afectivamente* socializados o comunizados para quienes la profesión católica es asunto privado que no debe determinar ni denominar la convivencia pública misma. Con el Movimiento Republicano Popular han logrado por fin carta de ciudadanía las viejas ideas del liberalismo católico, inventadas hace cien años por el abbé de Lamennais, difundidas con gran ardor en

## *P E N E L O P E*

Desde su torre de marfil labrado,
Ilustremente luminosa y sola,
Pide a la margarita de la ola
La pía decisión de su cuidado.

¿Qué importa el blanco triunfo del ganado
Ni la proclamación de la amapola?
¿Qué la pequeña nube que enarbola
Su banderín de viaje sobre el prado?

Sola en su muda castidad agreste,
Suma a la mar su lágrima salada
El breve cielo de la mar celeste.

Y en cifra de esmeraldas y de lises
Teje en hilos de plata enamorada
La cifra de Penélope y Ulises.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI.

# SOLUCION DEL MUNDO (II)

los medios católicos franceses por el entusiasta movimiento del *Sillon* a comienzo de siglo, apagadas después, cuando la Carta condenatoria de Pío X en 1910, resucitadas luego, desde 1930, en la literatura filosófico-social de Maritain y su grupo y alentadas y robustecidas en los confusos años de la Resistencia.

Este tercer grupo, típicamente ideológico, vive de un ideario híbrido en el que la conciencia religiosa francesa se mezcla con un sentido socialista de la vida.

De los tres grandes grupos señalados, este tercero, es en rigor el más importante y decisivo en este momento *crítico* del mundo. *Crisis* significa juicio, discernimiento, e implica el tomar una actitud definitiva, de un lado o de otro, frente a las cosas. Ahora bien, el drama del mundo moderno se halla en punto *crítico*, precisamente porque ha llegado el momento decisivo en que hay que tomar una actitud de aceptación o de repudio entre la Iglesia y el fenómeno histórico de la modernidad, que asume ahora los caracteres del comunismo.

O una cosa u otra. O Estado católico o Estado comunista, que es el único con vigencia de los de la modernidad. Las otras formas políticas de la modernidad se han agotado. Pero aquí está precisamente lo tremendo. El hombre moderno que, por ser tal, debiera adoptar gustoso el comunismo se resiste ahora ante su pavorosa realidad, que es la negación de toda convivencia. ¿Qué hacer entonces? ¿Confesar su error secular y su pecado y volver al Estado católico de donde imprudentemente se apartó? No se atreve; se siente *afectivamente* gustoso en la aberración moderna y no quiere abandonarla. Busca entonces, engañarse, adoptando una forma de convivencia en que no se vea obligado a renunciar a la modernidad. Tal la gran ilusión del Movimiento Republicano Popular. Tal también su éxito singular en este momento *crítico*. Porque responde a la aspiración secreta del francés *moderno* y, en general, de todo hombre contemporáneo.

Porque la razón de ser de la modernidad, la gran ilusión de que se nutrió el iluminismo de la Ilustración y el del liberalismo y el del hombre común contemporáneo finca en verse *liberado* de todo lazo religador, llámese Iglesia, nación, familia o propiedad.

Su aspiración secreta consiste entonces en hallar una *unión* de los hombres por encima de los vínculos derivados de su pertenencia a la Iglesia, o a una nación, o la familia o a la propiedad. Y la solución que ofrece el Movimiento Republicano Popular responde a esta secreta aspiración. En su vida *privada*, se dice, puede el hombre preferir o no, la propiedad, la familia, la nación y la Iglesia, pero en la vida *pública*, en cuanto pública, no. Porque la convivencia humana, en cuanto convivencia, se situará por encima de estas preferencias, en terreno perfectamente neutral, en el que puedan participar plenamente el católico, el socialista y el comunista. De esta sociedad sólo deberá ser expulsado y sin compasión el empedernido "nazi-fascista" o "antidemocrático", es decir todo aquel que niegue la neutralidad de la convivencia pública. Aquí está la explicación honda de porqué Francia, la Francia del M. R. P. precisamente, ha llevado la iniciativa contra la España católica de Franco y ha sido ella la que ha votado exigiendo sanciones junto con Méjico, Polonia y Rusia. Porque España, proclamando a la faz del mundo, en este momento *crítico* de la civilización occidental, su firme voluntad de constiuirse en Estado católico, es la acusadora más formidable de esta Francia de católicos que quiere ofrecer como salvación a los pueblos una convivencia neutra.

*El fracaso de la gran ilusión.*

El M. R. P. que ofrece en este momento *crítico* la solución que corresponde a los deseos secretos del hombre moderno contemporáneo ha fracasado en este su intento de unir a los franceses, por encima de sus diferenciaciones de familia, propiedad, nacimiento y Religión, en una Francia unida, la cual, a su vez despojada de su soberanía y fisonomía particular, se encontraría estrechada con la Humanidad. Una Francia que ni fuere Estado católico ni Estado comunista sino una porción de la Humanidad, en cuyos límites, los franceses, de vida privada católica, pudieran estrecharse en una convivencia pública, tan dilatada como la Humanidad.

Y ha fracasado sencillamente, porque ni existe ni puede existir en la realidad un *punto común* de convivencia entre católicos y comunistas. Pueden sí, juntarse y redactar una Constitución, encabezada con la famosos Derechos del Hombre; pero, tan pronto como se planteen problemas reales y concretos de la humana existencia, se han de establecer divergencias insalvables. Porque tanto el catolicismo como el comunismo inplican concepciones totales de vida y, en consecuencia, no permiten soluciones en común de problemas tales como la propiedad, la constitución de las familias, el carácter de la enseñanza, la índole de las costumbres públicas y el reconocimiento de los Derechos de la Santa Iglesia.

Este fracaso de la ilusión más halagadora del M. R. P. creemos que se debe, en última instancia, a dos hechos fuertes de la Francia novísima, hechos que son garantías de las magníficas posibilidades con que todavía puede asombrar al mundo la Francia de Clodoveo: estos hechos son, la vigorosa vida católica y la conciencia del destino histórico de Francia.

En Francia, el hecho católico es fuerte. Y aunque en estos últimos años, se haya desarrollado mezclado con ideologías perniciosas, ha prendido en la raíz de la inteligencia y de los corazones franceses. Tiene fuerza, esa fuerza que surge de la verdad sobrenatural, como para vencer las falsas inscrutaciones que se le han adherido, ahora sobre todo que ha desaparecido el peligro *nazi*, tan eficaz para crear complejos en la mentalidad del francés. Francia, esperamos, regida tan sabiamente por un episcopado ilustrado y piadoso y por un clero, lleno de virtudes, ha de adquirir cada día mayor conciencia de que el catolicismo es una totalidad de vida.

También es fuerte en los franceses la conciencia del destino de Francia. Por esto la vemos firme, desde la terminación de la guerra, en la defensa de sus derechos substanciales como gran nación, frente a los manejos tortuosos de los actuales directores del mundo.

Conciencia de la totalidad de la vida católica, conciencia del destino de Francia, he aquí dos hechos auspiciosos que indican que Francia ha de lograr vencer su actual estado de postración para conectar su vida con la tradición de secular grandeza, rota por los ideólogos de la Revolución.

•

Sea lo que fuere de estos nuestros deseos de restauración de Francia, el hecho cierto, hoy por hoy, es que todavía no ha logrado cristalizar en Francia una forma verdaderamente intermedia de convivencia. Si el M. R. P. hubiera logrado entenderse con socialistas y comunistas en cuestión tan fundamental, como es la del *signo*, vital no puramente escrito, bajo el cual hay que colocar toda la vida pública francesa, entonces sí, se hubiera logrado una forma verdaderamente intermedia de convivencia.

Las palabras del nuevo Cardenal de Francia, Salièges, Obispo de Toulouse, universalmente conocido por su valentía durante la guerra en denunciar y anatematizar todas las injusticias y condecorado por el gobierno de su país con la Cruz de la Liberación, estampadas en su Carta pastoral de la última cuaresma y recordadas entre nosotros por Mons. A. Barrère en su reciente pastoral, revelan la situación real de la Francia del M. R. P., muy lejos por cierto de una forma lograda y ejemplar de convivencia. "Estamos, dice, en plena revolución. Un mundo se derrumba... Se trabaja poco y mal. La mentira está organizada y dirigida. Existen heraldos de la injuria y de la calumnia que cumplen con oficio tan vil en la prensa, en la radio, por la palabra, por la pluma, también por el silencio.

"El nazismo ahora se llama democracia: procedimientos idénticos; idénticas injusticias; idénticas mentiras, idéntico desprecio de la persona humana. Se dice que el objetivo es diverso; pero se olvida que todas las tiranías, todas las dictaduras surgen en la sangre y reinan por el terror".

JULIO MEINVIELLE

## AMOR ORDENADO

Amor, a todo viento derramado,
Amor, a toda sumisión esquivo;
Amor, desborde ciego, irreflexivo,
Es el tuyo, tropel desenfrenado.

¿No comprendes que todo lo creado
En Dios debe encontrar fin exclusivo;
Que a la razón también, lo sensitivo
Ha de estar, por su bien, encadenado?

Somete el corazón a la cabeza.
Acepta ya una exacta jerarquía
Y al oficio de amar da con largueza

Tu corazón entero y lozanía.
Pero trátalo siempre con dureza
Que hay sólo así en amor, dulce armonía.

EMILIO F. MIGNONE.

# UN ARGENTINO EN ESPAÑA

*Bajo un título de capítulo de novela de Miró, el periodista español Víctor de la Serna ha publicado una nota: "Transfiguración de Monseñor en el Escorial", en la cual hace crónica de una conferencia pronunciada por nuestro colaborador en el Escorial el 3 de este mes. La transcribimos como expresión del afecto y entusiasmo con que han sido recibidos y son tratados, los delegados argentinos ante el Congreso de* PAX ROMANA, *en España.*

Caía el sol. ¡Dios, cuán hermoso caía! Caía el sol detrás de la sierra medular de España, entre Duero y Tajo, después de haber sazonado los más nobles campos del Universo; los campos góticos y los mozárabes, donde a cada singladura del dios bermejo va poniéndose más dorada la piedra miliaria de la calzada de Augusto. Y donde va endureciéndose la argamasa del castillo del Gran Maestre, y donde la gótica catedral se va afinando en el aire transparente de Castilla como una espiga.

Caía el sol y bruñía la nobilísima arquitectura del Real Monasterio, metrópoli espiritual de las Españas cismarinas y trasmarinas, cuando monseñor vagaba como una sombra apasionada por los cornisamentos, arquitrabes y ambulatorios de la soberana estructura del Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Monseñor, flaco, vivo como una fusta; tiene un perfil de carancho. Se le abren las aletas de la nariz con avidez de aire carpetano: un aire que viene perfumado de bayas de castaño, de rosas de pitiminí del jardín de los frailes; de mirtos y arrayanes del patio de los Evangelistas; de olor a siglos que emana de la cripta real; de perfume de manuscritos; de tintas vegetales con que los antifonarios y los "beatos" están miniados. ¡De tantas cosas lejanas o presentes, pero todas vivas y girando sobre su cabeza o bajo sus pies está el aire lleno, que monseñor está como embriagado! Por su cabeza —piensa él— está pasando en aquel instante el meridiano de la Hispanidad. Monseñor se ha preguntado muchas veces, en la vigilia de su escritorio de Buenos Aires, por donde ese meridiano pasaba. Y aquí, deambulando como un fantasma en torno a la cúpula de Herrera, ha comprendido, a las ocho de la tarde del día 3 de julio de 1946, que el meridiano de la Hispanidad pasa aún por entre dos tumbas: la del César Carlos y la de su hijo Felipe. Entre las dos hay además, una sacra losa con una cruz y un nombre. Y cinco rosas.

Le faltaba algo a la mole dorada para que realmente fuera el ápice de un mundo distinto, hoy, en 1946. Le faltaba precisamente el verbo de ahora; la fresca y vital palabra, ecuménica e inspirada por los tiempos. Exactamente la palabra de monseñor, que cuando descendió del Tabor herreriano tenía los ojos como cegados y el cuerpo trémulo.

Monseñor es monseñor Sepich, clérigo argentino. Por la mañana, como un padre del Concilio de Trento, lleno de sabiduría, inspirado por Dios y dueño de una dialéctica que era una delicia del oído, había hablado en la sala capitular, bajo la bóveda renacentista, flanqueado por cincuenta obras maestras de la pintura religiosa universal, puestas allí por el Rey Nuestro Señor Don Felipe II en espera de dar escolta al verbo que en el siglo XX mejor definiera la misión de la Universidad en función del Estado Cristiano. Juan Ramón Sepich, hijo de la ancha, sonriente y garbosa Argentia; heredero de la sabiduría teológica y moral de nuestros padres doctores, poseedor de una palabra clara y elástica que al estirarse en argumentos precisos parecía abrazar a toda la Cristiandad hispánica; Juan Ramón Sepich, apasionado como un San Agustín, fijó ayer en el siglo la verdad enunciada hace cuatrocientos años. Porque la verdad no tiene años, aunque requiera cada cuatro siglos un verbo que la mantenga. ¡Y cómo se parece entonces a sí misma!

Unas atronadoras salvas de aplausos interrumpían la sabia lección. Sonreían las Vírgenes desde los lienzos ilustres. Y temblaban de gozo las sacras cenizas porque veinte naciones cristianas, frutos maduros del roble oscurialense, aclamaban la católica, hispánica verdad, rotunda y magnífica, alzada como una cordillera —¿cómo la andina? ¿cómo la carpetana?— frente a la apostasía y a la herejía.

Crujían los corazones encerrados en los torsos morenos de cien muchachos volcánicos y apasionados cuando monseñor Sepich, en claro y tremendo romance castellano, levantaba en sus manos, con unción antigua de padre de Concilio, el concepto heroico de la Vida frente a los conceptos eco-



# LA MUERTE GION DEL

Si analizamos con cuidado los elementos constitutivos de la llamada "religión del progreso", cuyo fervor viene moviendo a la sociedad desde hace más de dos siglos, veremos que los esenciales son dos: la *ruptura con el pasado* y el *dinamismo*.

En primer lugar, *ruptura con el pasado*. ¿Por qué así? Porque el pasado concreto contra el que tal "religión" combate es el regido e informado por vigencias cristianas que originan una situación social en que la "condición de creatureidad" —que es la del hombre— es admitida y vivida individual y públicamente. Se ataca a un pasado que reposa en un orden concebido como válido en sí porque tiene por base el reconocimiento de la condición ontológica propia del ser humano. Pero el nuevo motor de la historia —a partir del siglo XVIII especialmente, pero con antecedentes que remontan al Renacimiento o más allá aún— está constituído por la búsqueda de la autonomía total del hombre individual (liberalismo y anarquismo) o colectivo (comunismo), y por la negación, en consecuencia, de aquella "condición de creatureidad".

En segundo lugar, *dinamismo*. Nace éste de que en la disolución del orden tradicional es menester ir por etapas, cada una de las cuales importa un "progreso" hacia el ideal de la absoluta liberación del hombre. Mas no basta esto para explicarlo; otras causas danse también: en primer lugar, el escepticismo teológico y metafísico que lleva a disminuir el valor de lo especulativo y a realzar el de la acción por la acción misma, en contraste con el pasado en que la acción se sujetaba a normas y se orientaba hacia fines descubiertos por la especulación o la revelación; en segundo lugar, el hecho de que el propio pensamiento revolucionario va descubriéndose a sí mismo paulatinamente, y paulatinamente aumenta su extremismo y su virulencia.

Pero he aquí que hemos llegado a una situación en que poco o nada queda por destruir. En lo *teológico* se ha llegado al agnosticismo absoluto, al ateísmo y a la deificación del hombre (momentos *dubitativo*, *negativo* y *positivo* de un mis-

númicos, hedonistas y paganos, que exhiben la flojera y la hipocresía. América, la América inmensa de lengua española, ha enviado al Escorial sus embajadores para confirmar Trento.

Por eso monseñor bajó del Tabor escurialense transfigurado y envuelto en polvo de sol. De ese sol que caía —¡Dios, cuán hermoso caía!— para alzarse en el mismo instante sobre las pálidas aguas del Plata.

VÍCTOR DE LA SERNA

# DE LA RELI- PROGRESO

mo proceso trifásico); en lo *filosófico*, al escepticismo, al materialismo y al panteísmo; en lo *moral*, a la negación de toda regla absolutamente válida, a la moral de la técnica y de la higiene y a la moral autonómica de tipo kantiano; en lo *político*, al liberalismo absoluto; al anarquismo (en teoría al menos) y al comunismo. No queda nada por destruir. Desaparece así uno de los elementos esenciales de la "religión del progreso": *la ruptura con el pasado*.

Quedaría el *dinamismo;* pero, como éste se alimentaba de la paulatina destrucción de lo tradicional —y esto está prácticamente consumado— y del autodescubrimiento del pensar revolucionario, cada día más extremista —y en esto se ha llegado al máximo posible— el dinamismo carece de materia en que ejercitar su función fagocitante y de camino por donde progresar.

Se creyó que así como no había límite en el progreso material, no lo habría tampoco en el "progreso" intelectual, y se olvidó que si tal cosa acontece en aquél, débese ello a que la materia es cuantitativa y por lo tanto indeterminada y prácticamente inagotable, mientras que en éste no existen tales características, pues lo intelectual se mueve en problemas en los que hay sólo dos posibilidades: *sí, no* y el camino de transición (eclecticismo) y duda (agnosticismo) entre una y otra.

De manera que el devoto de la "religión del progreso" se halla ante este terrible dilema: o *abandona su dinamismo*, pero entonces la religión del progreso deja de ser y la sociedad cae en una situación estática antes de acabar la historia de la humanidad, o *lo conserva*, mas entonces, como no puede ejercerlo en la destrucción de tradición alguna, ni se abre ante él ningún camino posible, no tiene más remedio que emplearlo en una *vuelta hacia los valores del pasado* y en la *destrucción de un presente que él mismo ha contribuido a construir como punto de llegada del progreso*. Y eso —"¡horror!"— es ser "reaccionario". Hoy, para ser *dinámico*, hay que dejar de ser *progresista*.

JUAN A. CASAUBÓN.

# LA ESENCIA DEL PROGRESO MODERNO

I

Si para la formulación expresa de la idea moderna del progreso en la historia fué necesario esperar a los publicistas del siglo XVIII, y, todavía, para las dogmáticas definiciones, a los pensadores idealistas y positivistas del siglo XIX, es decir, hasta que aparecieran las primeras decepciones y apostasías de la religión del Progreso, la verdad es que las raíces más finas y delicadas de esta Idea histórica, de esta esencia genuinamente moderna, se han de buscar en la época germinativa del Renacimiento, esa edad ambigua y contradictoria en que proliferan ciertos movimientos culturales muy complejos, derivados del fin de la Edad Media.

No es necesario llegar al siglo de las innovaciones religiosas y de las invenciones modernas para que el poderoso entusiasmo por lo nuevo en tanto que nuevo, hiciera desenvolver en el occidente de Europa el miraje futurista y antitradicional que condiciona la formación de la idea del progreso en la historia.

En verdad, ya la exaltación humanista de las letras y las artes promovió suficientemente el indicado entusiasmo.

En una investigación sobre la esencia o el tipo específico de una corriente histórica concreta no se debe olvidar que, aunque la actitud sea formalmente científica y aún filosófica en cuanto se persigue una interpretación profunda y por causas remotas de los hechos considerados, el objeto de la investigación no es algo en sí vago e indeterminado, o sólo determinado específica o genéricamente, sino, más bien, algo particular y concreto según corresponde a toda investigación que quede todavía histórica en su misma constitución epistemológica, cualquier sea el grado de la síntesis que integre.

Y queda dicho ya que en todo lo historiográfico, sea que se trate de una simple crónica narrativa (primer momento de la historia), sea que se trate de una indagación de historia propiamente dicha, social y genética, cuasicientífica en cuanto no persigue lo universal y necesario como la ciencia en sentido estricto, sea de un ensayo o de una reflexión filosófica sobre la historia, sea por fin de una meditación teológica de la historia, siempre la verdad del conocimiento se resuelve en definitiva en los hechos (individuales y sociales) dados en la existencia singular y concreta, por lo que aparece necesaria la reflexión sobre la imagen, ya que el conocimiento directo de la inteligencia humana sólo aprehende lo universal, trascendental, genérico o específico, no lo individual *ut tale*.

La precedente indicación de los grados del saber historiográfico: experiencia, historia-ciencia (con la restricción mencionada), filosofía de la historia y teología de la historia, no implica separación radical, ni, tal vez, diversidad específica. No hay, en efecto, crónica verídica que no contenga ya, al menos incoativamente, la historia —ciencia, y no hay historia— ciencia que no sea dirigida positivamente por cierta filosofía de la historia, y en fin no hay una *sana* filosofía de la historia que deje de lado el hecho *enorme* de la existencia de Dios y de su intervención providencial y sobrenatural en la historia de los hombres.

Lo inferior se ordena jerárquicamente a lo superior como medio a fin y como la parte al todo; y lo superior en tanto que participa de sabiduría dirige y ordena gradualmente hasta lo ínfimo.

Errará, pues, en la mera constatación empírica del hecho, en el simple registro del acontecer, el autor de crónicas o anales que carezca de suficiente saber psico-sociológico y ético, así sea espontáneo e ingenuo, mas siempre necesario para discernir los *valores* humanos dados en el curso del tiempo. Pero no hay saber auténtico del hombre sin algún saber filosófico; y no hay saber filosófico verdadero si no hay algún saber de Dios.

Santo Tomás, en la Suma contra Gentiles, al preguntarse si, las cosas divinas *naturalmente conocidas*, es conveniente que sean propuestas a la fe del hombre, responde que sí porque algunos son impedidos por la pereza de alcanzar ese conocimiento, a pesar de ser naturalmente asequible [1].

Por último, no puede haber un saber adecuado de las cosas humanas, dadas en el concreto desarrollo histórico, si sólo se conoce lo *esencial* del hombre y las exigencias ideales de su conducta *naturalmente* considerada, mientras se ignore la situación existencial en que efectivamente se halla en la historia aquella esencia.

Hay muchos y diversos esencialismos en la historia del pensamiento. Hay desde luego el matematismo racionalista, ya helénico, ya moderno y europeo; hay también cierta degradación logicista de la escolástica, posterior a las grandes síntesis medioevales que provocó la justificada repugnancia de algunos pensadores modernos y que siempre pervive como genuina ten-

(1) "Quidam autem impediuntur pigritia. Ad cognitionem enim eorum quae de Deo ratio investigare potest, multa præcognoscere oportet, *quum fere totius philosophiae consideratio ad Dei cognitionem ordinetur*. Propter quod metaphysica, quae circa divina versatur, inter philosophia partes ultima remanet addiscenda".



tación de católicos proclives al fanatismo o ajenos a las exigencias de la vida intelectual, que remiten a la divina providencia la justificación final de sus descuidos.

Pero cabe decir también que toda ciencia del hombre y especialmente la histórica quedará afectada de esencialismo no siempre tan abstracto, si se veda reconocer, o posterga en su reflexión, la presencia de lo sobrenatural en la existencia histórica del hombre.

Donde se advierte que, sin teología, incluso quedará mutilada la mera experiencia, verdadero punto de partida de todo conocimiento auténticamente humano.

Sólo así se explican los fracasos y la ceguera invencible de algunos elevados espíritus, rayanos en el genio, armados de estupendo instrumental científico, munidos de preciosa erudición, pero desprovistos de iluminación sobrenatural acerca de la concreta situación en que se da lo humano en la historia. Grandes historiadores, agnósticos, ateos o protestantes, ya han exhibido su incapacidad para "ver" la presencia histórica de la Iglesia. Pero ¿qué acontecimiento humano por minúsculo e intrascendente que sea, anterior o posterior a Cristo, anterior o posterior a la fundación histórica de esa institución divino-humana que es la Iglesia, continuación al par histórica y *mística* de la humanidad de Cristo, podrá ser "*comprendido*" plenamente si se carece del conocimiento de la Fe para discernir el hecho central y medular de la historia?

Todo lo cual, sin embargo, no nos permite olvidar que, cualquiera sea la ascensión de la síntesis, a planos filosóficos o teológicos, si el saber en cuestión queda todavía saber de lo concreto y de lo singular en cuanto tales, es decir, saber historiográfico; su verdad propia siempre deberá resolverse en el ínfimo grado de la reflexión intelectual sobre la imagen.

Y quede para otra ocasión, próxima, la prometida reflexión sobre la esencia del Progreso.

H. A. Llambías.

# SOBRE EL NACIONALISMO

En política, el éxito o fracaso de un hombre o de un grupo se mide corrientemente por el eventual provecho o perjuicio inmediato que sus acciones le reportan. Siempre tuvieron razón, así, los triunfadores afortunados, incluso para sus adversarios de la víspera que los maldijeron en la lucha vaticinándoles una infalible ruina. Tal es, por lo demás, la ley pragmática de este mundo. Y ello no debe asombrarnos demasiado.

Si se prescinde de toda valoración ética o moral de los hechos y un hombre o un grupo los aprovecha con oportunidad en su exclusivo beneficio, vemos al cabo aparecer como fruto: glorias postizas y prestigios improvisados. ¡Flor de un sólo día!. Efímero renombre, vanagloria que pronto muere si no está respaldada en un ideal de grandeza de largos y trascendentales objetivos.

Sin este respaldo, la pura acción, el puro oportunismo circunstancial termina depreciando la obra del más hábil de los maquiavelos y marchitando, tarde o temprano, la gran esperanza que el pueblo depositó en sus espectaculares aciertos iniciales. Ya que solamente una entrañable y esencial conducta, inquebrantablemente mantenida a flote sobre el mar de fondo de los acontecimientos desatados, vale en último término para dar jerarquía histórica a una política de época y a su abanderado de turno.

Quitémosle conducta al conductor, —valga la redundancia— y éste habrá dejado de serlo en el acto. Sin conducta, es obvio, resulta imposible conjugar el verbo *conducir*.

El punto de soldadura de la política con la historia encuéntrase, pues, no en la habilidad ni en el éxito como tales; ni tampoco debe hallarse en el prestigio que acompaña al auge (¡cuarto de hora apenas!) de los caudillos y victoriosos. Se revela y se descubre —tarde casi siempre— en la tesonera acción de hombres o de grupos que, superando inercias y resistencias interesadas arriesgan cada día su suerte para afirmar, en la comunidad a que pertenecen, el orden de un más elevado *destino* espiritual y material.

Algo de esto le está ocurriendo a la Argentina desde hace ya varios lustros. Una corriente larvada de recuperación nacional transfunde lentamente sus saludables vitaminas al país, irrigando los yermos campos de la política que hasta ayer nomás parecían baldíos. De ahí que todavía seamos capaces de *resistir*, y por momentos hasta con gallardía, los tremendos embates de la más poderosa potencia de la tierra tendientes a avasallarla.

Pero no cantemos victoria ni nos pongamos demasiado optimistas. La batalla decisiva no la hemos librado aún; solo algunas escaramuzas aisladas han templado algo nuestro brío.

La verdad, en tanto, se perfila cada vez más clara. Gracias a la fuerte presión del nacionalismo —siempre tan subestimado—, a su intransigente conducta despreciativa de todos los éxitos fáciles y de todos los eclecticismos transadores pudimos hacer pié, durante la última guerra, sin ser del todo absorbidos por el yanqui. Y mal que mal estamos, aquí y ahora, adonde estamos. La historia cuando menos les reconocerá a los nacionalistas eso: *conducta* política. Nada más. En cuanto al éxito inmediato, ¿hemos fracasado en su logro? En parte sí y en parte no. Veamos porqué.

Triunfante la revolución de junio de la que fuimos —sino ejecutores materiales— sus precursores ideológicos remotos, los hechos desatados con su peligrosísima dialéctica de "ser o "no ser" obligaron a tomar partido a nuestra generación, de antiguo zambullida en fecundos planteos recuperadores, ya definida y filiada como revolucionaria desde 1930 y que repudiaba, por añadidura, a todos los partidos electoralistas. Un galopante desgaste de sus hombres (aparte de los errores cometidos por muchos de ellos en la función pública) fué el saldo, para el nacionalismo, de su coparticipación en aquel pronunciamiento militar: sin unidad de miras ni figuras de prestigio, sin planes concretos de gobierno ni jefaturas responsables a la vista. Y así, bajo la mole enorme de los desatinos cometidos quedaron sepultados muchos proyectos, reformas e iniciativas orientadoras, apenas esbozadas por lo demás —y casi siempre "motu propio"— desde posiciones locales o aisladas intervenciones de provincia. ¡Paradójica dialéctica de todas las revoluciones que en el mundo han sido!

Sin embargo en las horas más sombrías de aflojada y desaliento, capeando el desastre que en ocasiones pareció abatir definitivamente al país, solo se oyó —en contraste al gran silencio argentino de aquellos días— la voz acusadora de los nacionalistas a quienes una propaganda maliciosa responsabilizaba de la calamidad (violación de pactos, nazismo, colaboracionismo,etc.,) y por cuyo motivo —según esa propaganda— había que hacerlos desaparecer sin dejar rastros. Rebeldía simbólica fué la nuestra de entonces. Acaso levadura de entrañables actitudes nacionales hasta hoy postergadas. Desacato profícuo. La historia, ¿lo registrará en sus páginas?.

Por otra parte, era lógico que el "toma" y "daca" político y la hábil maniobra de captación de masas, ingredientes indispensables del éxito inmediato— fueran relegadas a segundo plano por nosotros. Nos gastamos demasiado a fondo en continuas transfusiones de sangre —primero defendiendo la neutralidad y luego la no beligerancia argentinas— para ponernos al cabo, como si nada, a la eufórica tarea de organizar con eficacia y unidad y partidaria al país dentro de cauces nuevos. Nadie después de sufrir dos irreparables desgracias íntimas queda con el ánimo y brío intactos, dispuesto risueñamente a irradir simpatía y proselitismo por doquier. Tal le ocurrió a nuestro grupo, proscripto del gobierno "de facto" en estos dos últimos y decisivos años revolucionarios transcurridos.

Por lo demás, el nacionalismo se dió todo entero —porque así lo exigían circunstancias impostergables— a la preparación de la *resistencia nacional*. Improvisadamente siempre. Sin contar con recursos materiales, paciencia ni prudencia. Pero eso sí, apoyado por una magnífica juventud consciente de su destino y que, por lo mismo, desesperaba de perderlo. Y en aquella gigantesca batalla desigual vimos caer, uno a uno, a muchos de sus hombres de vanguardia y de reserva, algunos con condiciones positivas para la política. Mientras el estado mayor y los comandos del país desertaban sin ofrecer defensas que justificaran tan insólita rendición.

Ahora bien, no obstante el fracaso inicial apuntado, los *efectos* de la conducta nacionalista en este orden de realidades serán productivos; fructíferos a no dudarlo en el futuro de la Grande Argentina cuya posibilidad es hoy patente. Porque tal conducta, aún circunstancialmente derrotada en los hechos, ha contribuído con su terco interés —denunciando entregas coloniales— a informar anhelos de soberanía e independencia que estaban dormidos en el fondo de nuestro ser. Y cuyo rotundo estallido multitudinario sorprendió a muchos el 24 de febrero último.

No lo olviden, pues, los argentinos de ahora. El punto de soldadura de la política con la historia nunca fué la habilidad en sí ni el dominio técnico de determinados problemas de gobierno. Más bien está en la germinación vital de un gran sacudimiento colectivo solidariamente padecido por todos. Y *conducido*, además, sin renunciamientos, al logro de ideales de grandeza de largos y trascendentales alcances.

Sépanlo al fin quienes han jurado defender con honor los destinos de esta joven y promisoria Nación Argentina, cabeza de nuestra América del Sur.

Federico Ibarguren

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración:
Sarmiento 930, 6º piso B.

Suscripción anual $ 15.-
Semestral $ 8.-
Trimestral $ 5.-
Número suelto $ 0,30

# EL LIBRO DE MR. HAYES SOBRE SU MISION EN ESPAÑA

Se trata, como bien lo expresa el título del libro, de una misión de guerra. Mr. Carlton Hayes aceptó el cargo de Embajador en España para sumarse —según él mismo lo declara— a los que luchaban patrióticamente en la guerra mundial. Esto tiene mucha importancia pues nos sirve para discernir en la Misión de Hayes lo que es exclusiva labor personal de lo sólo es cumplimiento de directivas políticas oficiales. Aunque en verdad, un buen Embajador —como sin duda lo fué Mr. Hayes— se consubstancializa con la misión que posee, de tal manera que sus actos personales terminan siendo oficiales y viceversa, sin embargo cuando se trata de deslindar responsabilidades es menester no olvidar la dualidad real que late de cualquier manera bajo toda tiesura diplomática. De ahí pues que si bien ciertas gestiones y actitudes llevadas a cabo en España por Hayes y sus colaboradores resulten chocantes para quienes hemos contemplado el desarrollo de los últimos acontecimientos mundiales sin sectarismos ni prejuicios, no obstante son bien explicables y justificadas si se considera que sus ejecutores se hallaban empeñados en una guerra total y en cumplimiento además de muy respetables obligaciones.

Hayes tiene el mérito de ser un hombre veraz —a pesar de sus desvaríos sobre la falange y determinados aspectos de la política interna hispana— y de apreciar lo que significó para los aliados la neutralidad española; sabe apreciar también la alta calidad y el vigor político del nuevo Estado español, como también, no deja de expresar, en todo tiempo, su repudio por la conspiración de la mentira y la propaganda perversamente dirigida contra el Gobierno del General Franco. Hay en Hayes, sin embargo, una ligera ingenuidad, cierto empirismo para juzgar algunas realidades del momento histórico en que vivimos; en ese sentido resulta sumamente expresivo de una modalidad que se caracteriza por la casi total carencia de hábito filosófico. Nos ilustran sobre ello los relatos de las entrevistas habidas entre Hayes y Franco o entre Hayes y Oliveira Salazar, así como también las que tuvieron lugar en distintas oportunidades entre el General Franco y dos importante personalidades norteamericanas, Monseñor Spellman y el Enviado Especial del Presidente Roosevelt, Mr. M. Taylor. En todas esas entrevistas se aborda el problema del comunismo, y resulta notorio el contraste entre la certera visión del mismo por parte de los dos estadistas europeos citados y la endeble argumentación de los interlocutores norteamericanos.

No vamos a discutir, por supuesto, las ideas de Mr. Hayes; él es un beligerante y un convencido de la legitimidad de la causa por la que combate; es un honesto servidor de su patria. Manifiesta su disconformidad con cualquier régimen que no sea similar al norteamericano, pero no adhiere a la baraúnda antifranquista; es, por otra parte, gran enemigo del comunismo y reconoce la inspiración moscovita de quienes se empeñan principalmente en eliminar el actual gobierno de España. No faltan en este amenísimo libro —donde un aprendiz de diplomático puede adquirir más conocimientos que en muchos doctorales tratados sobre la materia— chispeantes reflexiones no exentas de gracioso realismo y buen sentido. Así por ejemplo, a propósito de los que claman porque Franco haga abandono del poder, dice: "Después de todo, el régimen existente representa aquella parte del pueblo español que ganó la guerra y sería totalmente inédito en la historia del mundo que los vencedores de una lucha como esa dijesen a los vencidos a los cinco o seis años: Lo sentimos; no debíamos haber ganado; hemos ocasionado un desorden considerable; queremos devolveros el poder y dar la bienvenida a vuestros jefes, dejándoles que hagan lo que quieran de nosotros. ¡Imaginémosnos al General Grant diciendo algo parecido a los Jefes de la Confederación del Sur en plena reconstrucción de nuestra guerra civil!".

Hayes fué partidario mientras estuvo a cargo de la Embajada de mantener con España una política máximamente cordial y de respeto absoluto por la soberanía de ese Estado. Por esa razón rehuyó siempre el método de presión que proponían los sectores fanáticos de los Estados Unidos. Aun en los momentos en que el triunfo aliado era ya casi inminente, prefería recurrir al convencimiento antes que a la extorsión. Sin duda este criterio personal de Mr. Hayes era reforzado por la certidumbre —adquirida mediante una atenta observación de la idiosincracia española— que otra política hubiera sido contraproducente para lo que él se proponía. En varias oportunidades nos deja ver Mr. Hayes el celo del Gobierno español por la soberanía nacional y su menosprecio por cualquier sombra de amenaza. Demás está decir que ciertos procederes de la diplomacia norteamericana, en lo que respecta a su noción de la neutralidad, son por demás chocantes y revelan ese olvido del derecho de gentes tan notorio en esta época de panegíricos a la persona humana. Tal es el caso del derecho de asilo, viejo principio, hoy totalmente desechado. Veamos cómo este derecho es sin embargo invocado cuando se acomoda a determinados objetivos políticos. Así por ejemplo cuando ante el éxodo francés a través de los Pirineos y ante las solicitaciones del Gobierno alemán para que las autoridades españolas impidieran la afluencia de tantos voluntarios para las fuerzas aliadas que combatían en Africa, devolviendo esos franceses al lugar de donde habían salido, el Embajador de los Estados Unidos mantiene una entrevista con el Conde Jordana y le requiere no acceder a la extradición solicitada por Alemania. "Partí de la base —dice— de que los albergados eran únicamente refugiados y no beligerantes y que España no sólo no debía repatriarlos o internarlos, sino que, en caso de hacerlo, pisotearía las leyes internacionales y la práctica civilizada...". Sin embargo, poco tiempo antes de la terminación de la guerra el Ministro Hayes solicita seguridades del Gobierno español en el sentido de "que no recibiría ni daría albergue a los criminales de guerra del Eje"...".

En cuanto a lo que se refleja en este libro acerca de la política exterior española en tiempo de guerra no resulta ésta en modo alguno, como mediante una lectura poco atenta pareciera deducirse, una política sinuosa y oportunista. Muy por el contrario, las figuras de quienes están hoy al frente de la noble nación española se manifiestan a nuestros ojos con esa grandeza jamás desmerecida, más también con el perfil claro de auténticos políticos y prudentes conductores; hábiles pilotos en tiempos tormentosos. La neutralidad española —meta de una política de gran envergadura— es un tema todavía nuevo. Sin duda España tenía motivos para alinearse junto a las potencias del Eje. ¿Mas, hubiera cambiado por ello el curso de los acontecimientos? Posiblemente en ese caso sólo se hubiera retrasado el resultado conocido. Mr. Hayes atribuye a la neutralidad española gran parte del éxito africano: es decir sólo la precipitación del final; no el fin mismo. Pero aún prescindiendo de este juicio lógicamente parcial, es de cualquier manera dudoso el que España hubiera podido decidir radicalmente la contienda. Ahora bien, si dejamos de lado por nuestra parte todas las consideraciones de orden teórico o ideológico y de política interna que pudieran argüirse en pro o en contra de la neutralidad, hay sin embargo un hecho incontrastable y que justifica de por sí la actitud de España frente al conflicto mundial. Nos referimos al hecho de que España, no estaba en condiciones de participar en un pie de igualdad en alianza alguna con las grandes potencias que luchaban. Entrar en esa guerra era para España ir a la zaga de alguien. No se trata aquí de un caso de amor propio nacional, sino que ir a la zaga significaba para España no decidir ella sobre el presente de la guerra ni sobre el futuro de la paz. La neutralidad en cambio fué una política propia. Al encerrarse dentro de sí misma España hizo lo que ya preconizaba Ganivet hacia medio siglo, con motivo de la imposibilidad de que su patria gravitara como antaño en las cuestiones europeas; es decir, volverse sobre sí, y buscar en sí misma las fuentes de su propia grandeza. España entonces al reconcentrarse, se recupera; al aislarse adquiere nueva conciencia de su gran responsabilidad en el concierto universal de la civilización; al cerrar sus puertas emprende la reconstrucción interior que le permitirá salir luego renovada por los caminos del mundo. España es hoy, junto con Portugal, lo único que queda de la vieja Europa; no sólo es un oasis de verdadera paz, sino también un gran centro de trabajo, de cultura, de espiritualidad; es la expresión más acabada en nuestros tiempos de un Estado donde el poder oficial —moloch de nuestro siglo— ha sido puesto verdaderamente al servicio del hombre, es decir, a disposición de los auténticos fines vitales, —naturales y sobrenaturales—, de ese ser complejísimo que es el hombre.

JOSÉ M. DE ESTRADA

# VAZQUEZ DE MELLA, PROFETA

Los profetas han resultado siempre insoportables. En épocas lejanas, hombres en cuyas venas bullía sangre ardiente, los persiguieron y dieron muerte. "Por ésto dice la Sabiduría de Dios, yo les envío profetas y apóstoles y ellos los matan y persiguen...". En siglos de criticismo, de agnosticismo o de escepticismo, se dulcifica la terapéutica. Al profeta se le escucha con una sonrisa en los labios y un témpano en el corazón. No se le mata, se le mortifica. No se le persigue, se le desprecia.

El profeta se alza de súbito sobre la caravana que marcha y da el grito de alarma. Indica que el camino se ha errado, pronostica los tropiezos y las caídas, las vueltas y revueltas, predice el extravío y el desastre. Amenaza, apostrofa, anatematiza, sin más arma que su verbo, y muchas veces sin más argumento que su videncia. El profeta golpea corazones encallecidos, sensibilidades enmohecidas, mentes obliteradas. Tiene la insolencia de predicar la justicia y el amor de Dios, a los que viven cómodos en la rutinaria tarea de pagar el diezmo de la menta y del comino. Anuncia el hambre a los ahítos, la miseria a los poderosos, el juicio a los fautores de la iniquidad.

Por eso siempre la voz del profeta, es la voz del que clama en el desierto. En el desierto material, páramo y arena, o en el desierto espiritual más duro e inhospitalario, de la soberbia y la sensualidad.

La providencia suscita los profetas a los pueblos, a las naciones, a las épocas. Dichosos quienes como los ninivitas escucharon a Jonás, dan crédito a sus enseñanzas y convierten sus pasos a la verdad. Cuantos son los Cafarnaún, Betsaida y Corozain que desechan la voz de los profetas y en ellos desechan también a quién los envió.

Y al hablar de los profetas no me refiero sólo al profeta en sentido estricto, o sea el portavoz de una verdad revelada. Aludo también en los tiempos de hoy, a esas mentes esclarecidas y vigorosas en las que el virus del modernismo —la última, la más sutil y proteiforme de las herejías— no ha cegado el acceso a las fuentes vivas del ser y del conocer, y que pueden entonces juzgar de cosas, acciones y tiempos por encima de prejuicios y espejismos. Y aunque no hablen inspirados, aciertan de ordinario, pues si un hecho histórico concreto y aislado es de casi imposible predicción, no lo es tanto la orientación general de los sucesos, supuesta una justa valoración de las principales causas operantes. Máxime cuando se trata de un proceso histórico, del desarrollo de una institución o de una idea que ha encarnado, de lo que de sí puede dar una filosofía de la vida que se encuentre en vigencia.

Honor también a estos profetas, desterrados del hoy y señores del mañana. A estos que padecen soledad en la compañía. Adecuada su visión a la distancia no se acomoda al detalle nimio ni se detiene en la exigencia de la realidad cuotidiana que de rechazo los golpea sin piedad. Cuál otra Casandra frente al palacio de Agamenón, percibe el profeta el aliento de la sangre y de la muerte, antes que ésta llegue, antes que aquella se vierta. Y la angustia de percibirlas, se dobla en la angustia de anunciarlas.

Así Juan Vázquez de Mella y Fanjul, teólogo, filósofo, político, historiador, para la España Liberal. Para la España que en 1898, pierde un imperio casi sin advertirlo, entretenida en una política menuda y casera, sin fuerzas, sin aliento, sin decoro. Para una España oficial que comienza a cansarse de Dios, y por ello a renegar de su mismo ser. Para una España que hecha cerrojo al sepulcro del Cid, cerca de púas a los anhelos del Quijote, y derrama agua helada sobre la hoguera mística que encendiera Teresa de Ahumada y Juan de Yepes.

Mella predijo la guerra de Cuba. Predijo la paz sin honra con que se le puso término; predijo la primera guerra mundial y hasta anunció precisamente el lugar en que se iniciaría la contienda; predijo la revolución social que sucedería a la paz y la instauración de regímenes dictatoriales; predijo el advenimiento de la república en su patria y la furia roja que había de sucederle, predijo el avance sobre la Europa apóstata y cobarde, de una ola negra "coronada de espumas ensangrentadas que arrastre entre sus aguas impuras, astillas de tronos y fragmentos de altares y que de comienzo a una noche funeral que se cierna sobre la tierra y parezca interrumpir la historia". Mientras la Europa de post-guerra se proponía cual nuevo Baltasar, ahogar en un río de placeres el dolor de su carne herida. ¡Ay de quienes no asumen su dolor!; Mella exclamaba: "Alzo los ojos al cielo y lo veo tan negro y tan triste que me parece que una lluvia de cenizas cae sobre todas las almas y sobre todas las naciones". Frente a los corifeos del liberalismo y del racionalismo, empeñados en disminuir el glorioso pasado español, frente a quienes hubieran preferido los barcos sin honra, a la honra sin barcos, truena Mella, "y creemos que nos absolvemos a nosotros mismos de la decadencia de la hora presente, disminuyendo las grandezas pasadas".

Mella, como dijo Eduardo Aunós, no obstante ser faro de clarísima luz en medio de las turbulencias espirituales que caracterizan el XIX español "a pesar de su verbo magnífico, de su robusta cultura, de su grandiosa percepción de la historia y de la vida universal, no pudo vencer la losa de plomo que pesaba sobre nuestras almas y llenaba de celajes las perspectivas de la historia patria". Cristiano, devorado por el celo de la gloria de Dios y el amor del prójimo, cumplió todos sus deberes con la santa intransigencia de quien se sabe en plena posesión de la verdad en medio de un mundo que corteja la mentira y alaba la hipocresía, en plena posesión de la luz frente, a quienes tampoco hoy quieren recibirla.

Sabía de todas las artimañas de sus enemigos, de todo el veneno y el odio que albergaban hacia Cristo y Su Iglesia. Sabía de todas las sutilezas de que eran capaces, hasta que punto podían los lobos, aparecer semejantes a las ovejas. Por eso su lucha es integral. No quiere abandonar al enemigo ni un sólo resorte. Ni su patriotismo es de salón, ni su religión de sacristía. "...si las revoluciones materiales se verifican muchas veces de abajo arriba, los trastornos morales siempre se realizan de arriba abajo. De aquí que el poder público sea la primera ciudadela que asalta la impiedad para corromper una nación, y que sea también la primera que hay que reconquistar para cristianizar una sociedad e impedir que se consume su apostasía". Escándalo para los nuevos pelagianos que centran el universo y sus leyes sobre la humana libertad. Escándalo para los nuevos maniqueos que reservan a Dios tan escondido aposento en la vida privada, que ni ellos mismos pueden encontrarlo luego, y que para no corromper la santidad de ese resquicio, conceden y entregan al demonio todas las manifestaciones públicas de la vida. Como si el hombre pudiera escindirse en dos seres distintos y antagónicos.

Pero hay aún más. Continúa Mella afirmando con lucidez y valentía, frente a quienes creen en la sagrada virtud de las instituciones, en la eficacia "ex opere operato" de las leyes —nuevos sacramentos laicos— que "...por eso la más arbitraria tiranía personal, no puede compararse en maldad con la que toma cuerpo y se encarna en las instituciones y en las leyes. Cuando ésto sucede los hombres se acostumbran a ver florecer y desarrollarse, bajo las disposiciones del poder soberano, la iniquidad y la injusticia, y el hábito de contemplar el mal llega a matar el instinto del bien, o a considerar como natural y corriente el desorden moral y los males sociales como hechos completamente indestructibles". No es que el mero arbitrio sea superior a la ley justa, ni que las sociedades puedan impunemente pasarse sin leyes que las ordenen. No se trata de éso. Se trata de saber que es más lesivo en definitiva para la conciencia moral de un pueblo. Un régimen de arbitrariedad personal, pasajero de ordinario como el hombre que lo ejercita y contra el cual siempre estaremos en guardia y actitud de lucha; o la parodia de un orden en el que se usurpa el nombre de la ley y del derecho. La violencia humilla o irrita, la mentira deforma y envilece. Contra aquella los pueblos tarde o temprano se alzan; en esta, a veces seducidos, consienten. "Entonces es cuando, según la frase de Lacordaire, los pueblos se extinguen en una agonía insensible, que aman como si fuera dulce y agradable reposo". Denuncia también Mella la falsa actitud de quienes, admiten el mal, pretendiendo combatirlo desde dentro. "La política de la conquista de la justicia por medio de la legalidad injusta y del triunfo de la verdad católica por medio de la legalidad anticatólica ha muerto ya como doctrina en el mundo".

Mella no puede ser expuesto. Apenas se puede presentarlo enfocando alguna de sus múltiples facetas. Mella no debe ser glosado, es menester leerlo. No parece un expositor sino más bien un interlocutor. En sus frases hallan expresión nuestros silencios. Nuestras reflexiones que muchas veces no acertaron a adquirir formas distintas e inteligencia clara de sí mismas.

Dejemos el panegírico a una voz ciertamente autorizada, El cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano, en nota de abril de 1935, dirigida a la Junta de Homenaje a Mella lo calificó de "orador insigne que tanto trabajó para defender las doctrinas y las verdaderas tradiciones católicas españolas". Menciona "sus admirables discursos... cuya lectura puede ser de gran provecho en especial en éstos tiempos en que tantos esfuerzos se han hecho y se hacen, principalmente en ese tan querido país, para descristianizar la sociedad y arrancar del corazon de los buenos españoles los sentimientos de profunda piedad y de admirable amor y adhesión a las divinas enseñanzas de la Iglesia...". Concluye formulando votos para que la lectura de esos interesantes escritos produzca fruto abundante.

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.



Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. As.